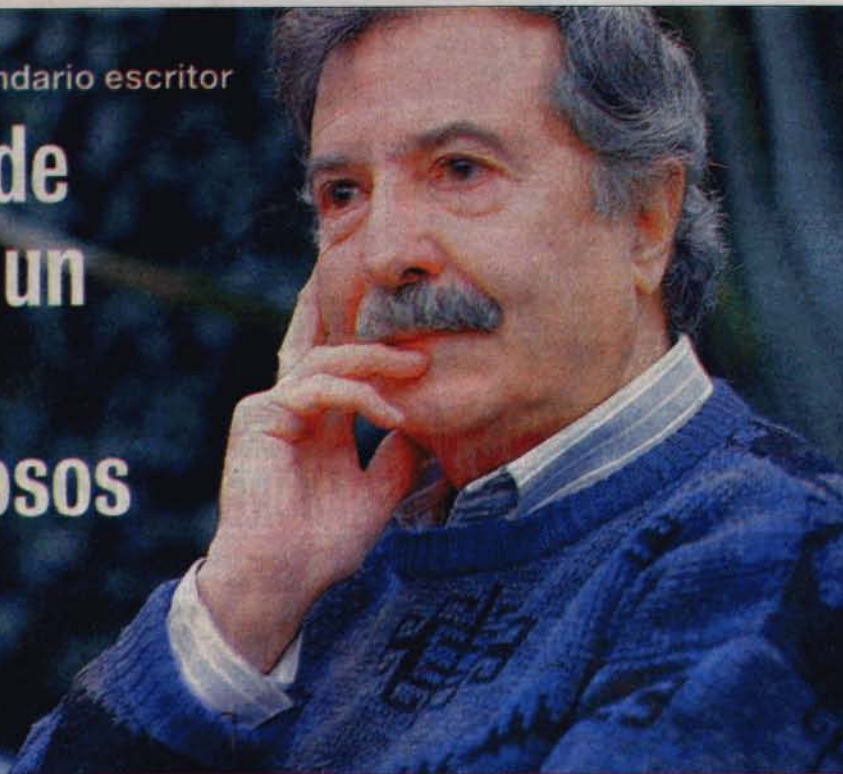


Publican tres libros del legendario escritor

Alfonso Alcalde resucita con un montón de chilenos roñosos



LEONARDO SANHUEZA

“Soy un ser olvidado. Nadie sabe quién soy”. Así se describió, a los 70 años, el escritor Alfonso Alcalde en una entrevista que concedió en 1991, un año antes de aparecer ahorcado en su pieza de pensión en Tomé.

Sin embargo, a quince años de su muerte, el legendario autor de “El auriga Tristán Cardenilla” parece más vivo que nunca y colecciona lectores incondicionales, como Cristián Geisse, un joven doctorando en literatura que gestionó la publicación del volumen recopilatorio “Cuentos reunidos. 1967-1973”, su magistral libro de poemas “El panorama ante nosotros” y su maratónica pieza de teatro “La consagración de la pobreza”, que acaban de aparecer en forma simultánea por Ediciones Altazor, de Valparaíso.

A quince años de su muerte, se le hace justicia a uno de los autores nacionales más prolíficos, originales y multifacéticos.

Alcalde, que durante su vida fue ayudante de panadero, minero en Potosí, traficante de caballos, cuervo funerario, nochero de motel, cuidador de animales de circo, periodista, escritor fantasma de Don Francisco y gastrónomo, entre otras ocupaciones, cultivó todos los géneros literarios y hasta se dio tiempo para algunas incursiones en las artes plásticas.

Su obra entera es un gigantesco mosaico protagonizado por un sinfín de personajes populares —payasos, maestros chasquillas, borrachos, pescadores, prostitutas, carretoneros—, en los que el humor y el dramatismo saltan juntos a flor de piel.

“Era un escritor de vida nove-

lesca, fascinante, autor de una obra inmensa, bastante desconocida, tan desasosegada y diversa como su propia biografía. Decidí que era absolutamente necesario estudiarlo, ya que al parecer nadie lo había tomado mucho en cuenta como objeto de estudio”, dice Geisse.

—¿Por qué continúa siendo un desconocido en el país?

—Mi idea es que no es tan desconocido. Lo que sí es digno de notar es que Pablo de Rokha y Carlos Droguett hablaran de “silenciamiento” tanto de sus propias obras como de las de Alcalde, a quien ambos consideraban una especie de genio. Ellos y Jaime Concha hablan de una suerte de

conspiración en contra de la difusión de la obra de determinados escritores. Eso es importante para descubrir la forma en que se configura el canon literario chileno. A Alcalde le dolía mucho que se le cerraran tantas puertas después del golpe militar. Aunque a él también le gustaba la marginalidad. Se alejaba de los círculos literarios más notorios y prefería acercarse, por ejemplo, a la gente más desposeída.

—¿Qué piensas del carácter desmesurado de Alcalde?

—Es, al parecer, parte de su constitución espiritual. Se habla mucho de su impresionante capacidad de trabajo. Prefería proyectos literarios y vitales de envergadura descomunales, que parecen incluso descabellados: obras de teatro de 24 horas, poemas épicos interminables, cuentos en los que se fusionan el teatro y la lírica, y que buscan romper los lí-

Un tonel sin fondo

Cristián Geisse, el editor de los libros de Alcalde, planea seguir en sus investigaciones sobre el autor, pues cree que todavía queda por descubrirse “un tonel sin fondo de material inédito o no valorado”.

—¿Qué material inédito podría haber?

—Él hablaba de al menos treinta libros terminados. Estoy seguro de que por ahí andan más cuentos sobre sus personajes El Salustio y El Trúbico, y tengo certeza de la existencia de un poemario con variaciones de poemas escritos por otros autores como Dylan Thomas, William Blake, Saint-John Perse y Kavafis, que originalmente iban a integrar “El panorama ante nosotros”.

mites de la narrativa. En la vida no se iba atrás, acometía todos esos desafíos sin esperar otra recompensa que la soledad, según sus propias palabras.

—Su obra tiene rasgos de epopeya, pero sus protagonistas no son héroes, sino “chilenos roñosos”, como habría dicho él.

—Él tenía una percepción muy especial del “absurdo tesoro de la miseria” en la que viven esas personas. Además, había modelos como Pablo de Rokha y Pablo Neruda, a quienes consideraba sus maestros y, hasta cierto punto, concilió en su poesía. De ellos sacó ese marco epopéyico, pero con una manera bastante personal y única de ver la poesía y a esa gente. Es importante resaltar que la visión de él sobre los sectores populares no es negativa ni oscura; más bien es vitalista, llena de brillantez, cargada de humor. Es carnavalesca.